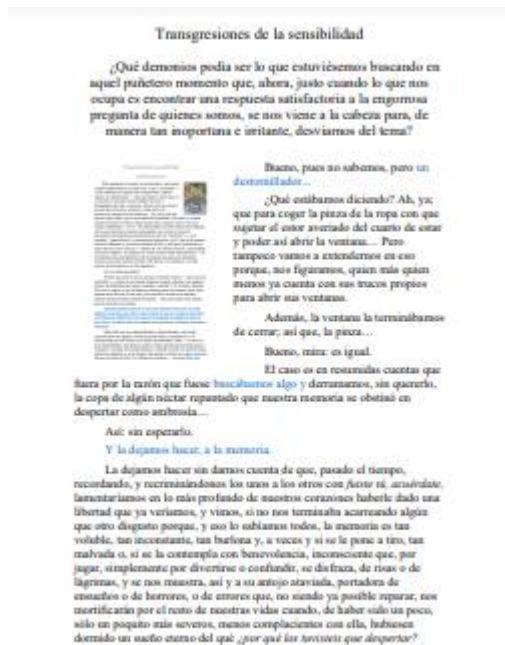


Transgresiones de la sensibilidad

Un destornillador



o cualquier otra cosa, en realidad, puesto que se está tratando nada más de poner un ejemplo — sin mayor utilidad que el significar por qué caminos tan insospechados a veces podemos ir a parar a lugares o a recuerdos a los que, caso de que fuera necesario llegar, habríamos llegado por cualquier otro camino aun sin querer y, caso de no ser del todo imprescindible o incluso



deseable el no llegar, habría sido sencillísimo el no enfrentarse con, tan sólo, haber elegido una barra de carmín o un espejito; que es lo que por culpa de doña Carmela, tan reacia de toda la vida a las innovaciones, se acostumbraba asegurar que solía elegir siempre Mariló¹ — de cuántos y hasta qué punto diversos pueden ser los objetos que a lo largo del tiempo se almacenan con no poco espíritu de provisionalidad cuando (prueba evidente

¹ La de las horquillas, sí; pero alguna vez y aunque muy de tarde en tarde se decantaba por buscar, en uso —alegaba— de su derecho al libre albedrío de que la había dotado su creador, una receta de bartolillos pringoso, manchada de la grasilla que habían ido dejando en ella las tantísimas manos por las que de generación había ido pasando y causando, ella, un enorme desconcierto entre la concurrencia porque, se preguntaban con los ojos muy abiertos los unos a los otros, *¿es ésta nuestra Mariló?*

Y habiendo de terminar, no siempre, pero si con frecuencia, concluyendo que no, que no era la suya, de ellos, las aguas regresaban a su cauce, y la concurrencia, aliviada, daba un profundo suspiro indicador de *¡de la que nos hemos librado!* porque, todo el mundo lo sabía, la Mariló parida por Gumersindo el de primero B era, guapa, sí, pero no lo suficientemente experta al volante como para poder dar giros tan bruscos.

Transgresiones de la sensibilidad

Un destornillador

de que no se los toma en serio ni se piensa que jamás se los vaya a querer buscar) se los amontona sin el menor orden y sin una pizca de concierto al lado de otros de su género, sí (“objetos”, a saber), pero no de su especie (“variedad”, a saber) habida cuenta de que junto a una cajita de pastillas Juanola, que a lo mejor y para colmo está vacía, aparecerá una bobina gris, una receta de bartolillos, o una entrada del cine Capitol, o del Avenida, de cuando fuimos a ver con nuestra amiga Isidora aquella película de Henry Fonda, tan angustiosa en la que la cajera del banco lo confunde con un criminal...

– Quiérese decir con ello que — levantando don Emeterio la vista del escrito y abandonando el tono, siempre un poco impostado, que adoptase en su papel de lector — son todos ellos cachivaches que sabemos de antemano que terminaremos olvidando, y que además no nos importa (ni el cúmulo de cachivaches ni olvidarlo) o de lo contrario los habríamos guardado a mejor recaudo y no en cualquiera de esas múltiples cajas que fueron de otras cosas y hay en todas las casas, así, sin prestar la menor atención a colocar letreros identificativos.